

Conversación con Alma López, autoridad guatemalteca. La doble mirada del género y la etnicidad*

Ángela Ixkic Duarte Bastian

Durante el conflicto armado interno que golpeó a Guatemala mucho más que a ningún otro país de América Latina, que atravesara también por dictaduras militares, las mujeres tuvieron una participación silenciosa pero constante. En el contexto de esta guerra, que formalmente duró 36 años, el ejército y los grupos paramilitares masacraron poblados enteros en distintos lugares del país. Según las cifras que manejaba la agencia informativa CERIGUA en 1996, más de 440 pueblos fueron totalmente destruidos, alrededor de 100 mil civiles fueron asesinados o desaparecidos y más de un millón de personas se convirtieron en desplazadas internas.

Dadas las condiciones de violencia selectiva y generalizada, y el contexto de terror impuesto y perpetuado por el Estado guatemalteco, principalmente desde 1976 hasta la llegada de los gobiernos civiles en 1986, la lucha fundamental de la población civil, ubicada en áreas de conflicto, fue por la sobrevivencia. El 12 por ciento de la población total se convirtió en población desarraigada, unos se escondieron en la selva y en los lugares donde la naturaleza pudiera protegerlos del ejército y de las paramilitares Patrullas de Autodefensa Civil, y otros atravesaron las fronteras para refugiarse en Honduras, Belice y México.

Al interior de las organizaciones político-militares integrantes de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, las reivindicaciones étnicas no siempre dominaron sobre la perspectiva clasista, y las reivindicaciones de género aparecieron muy pocas veces. Esto no quiere decir que los indígenas y las mujeres no participaran tanto en el movimiento armado rebelde como en las organizaciones civiles que tomaron parte en el conflicto.

En el caso de la población refugiada, indígena en su mayoría, la participación de las mujeres fue fundamental para el proceso de retorno a Guatemala.

* Documento proporcionado por la maestra Margara Millan, investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos. FCPyS, UNAM.

El refugio las puso al frente de responsabilidades que tradicionalmente desempeñaban los varones, posibilitando la participación. Tres grandes organizaciones de mujeres se consolidaron del lado mexicano en función del proceso de retorno: Mamá Maquín, Madre Tierra e Ixmucané.

“Antes teníamos los ojos cerrados –*explica una líder retornada*–, andábamos como ciegas y no salíamos de la casa”. “Antes –*del éxodo a México en busca de refugio*– no podíamos hablar con ningún hombre que no fuera nuestro marido, nuestro padre o nuestro hermano; no podíamos mirarlos a los ojos. Nos dedicábamos sólo a cuidar a los hijos, al marido y a los animales. En el refugio nos quitamos la venda y ahora vemos las cosas de frente.”

Una vez que abandonaron los campamentos en México y volvieron a su país, la lucha por mantenerse organizadas y participando políticamente representa una de las contradicciones más fuertes y uno de los motores más importantes para esas comunidades.

De esta manera, el fortalecimiento de las reivindicaciones de género y de los movimientos mayas en Guatemala puede verse como una de las escasas, casi nulas, herencias positivas de la guerra; o como actores renovados de antiguos y dolorosos procesos, que a pesar de tanta tristeza y desconcierto continúan construyendo. Incluso podemos hablar del nacimiento de un feminismo indígena que viene a cuestionar los discursos hegemónicos de la izquierda tradicional tanto en el terreno político como en el académico. En ese sentido Alma López, maya quiché, cuarta concejala de la Alcaldía de Quetzaltenango de 10 concejales y 3 síndicos, y única mujer indígena de ese gobierno municipal, reflexiona:

“Las reivindicaciones étnicas que planteo implican visualizar la participación de nosotras las mujeres indígenas, y que esto se traduzca en la forma de gobernar, es decir, que se gobierne equitativamente. Porque al final todos y todas vivimos en el mismo espacio.”

Alma explica la agenda política de las mujeres indígenas de Quetzaltenango, con la que llega a la alcaldía:

“Nuestra agenda política tiene seis áreas: *el desarrollo económico* a través de proyectos productivos para organizaciones comunitarias de mujeres y de la creación de pequeñas empresas de mujeres. Tanto para los proyectos productivos como para las pequeñas empresas habrá que contar con un centro de formación y capacitación. La segunda área es la *educación integral* que abarca educación no formal, educación básica, profesionalización para mujeres y educación universitaria. Para que haya más mujeres en las universidades hay que ver cómo darles las condiciones, hay que buscar becas y crear condiciones para las familias, etcétera. Este nivel educativo incluye la formación a otros niveles; es necesario, por ejemplo, estudiar la formación del Estado en Guatemala, analizar la coyuntura política del país y del municipio para que las mujeres nos vayamos formando. Todo lleva el eje transversal del género. En tercer lugar está *la salud integral* y

reproductiva. No sólo hacer exámenes y papanicolau, no sólo hay que tratar la salud materno-infantil; hay que hacer análisis y dar capacitación acerca del cuerpo de las mujeres, hace falta un sistema de educación en salud que va desde lo preventivo hasta la curación. Otro tema importante es la violencia intrafamiliar. En la alcaldía no tenemos los medios suficientes para enfrentar solos este problema, hay que convocar a organizaciones no gubernamentales especializadas, porque la violencia sigue siendo una cuestión demasiado privada, que aún se mantiene dentro de las cuatro paredes y, que si se saca, da vergüenza. Queremos hacer campañas fuertes en coordinación con organizaciones con experiencia en este campo. El quinto aspecto es la participación política y ciudadana. Hace falta impulsar y fortalecer la campaña de documentación, que las mujeres tramiten sus documentos, cédulas, partidas de nacimiento, etcétera, pero también que conozcan su responsabilidad como ciudadanas, no nada más como ciudadanas pasivas que sólo votan, hay que crear cuadros, una escuela política para que otras mujeres puedan ocupar los espacios de poder municipal. El último tema es el de organización y desarrollo en la comunidad. Cómo construir desde la comunidad y desde la cultura el famoso principio de complementariedad maya que hoy no existe, que se quedó en la historia pero que lo podemos trabajar."

A pesar del elevado porcentaje de población quiché y mam de Quetzaltenango, hasta 1996 su alcaldía había sido dirigida por ladinos, como se les llama en Guatemala a los mestizos. A los indígenas que lograban llegar a la alcaldía se les asignaban roles domésticos y rurales, que a pesar de su importancia han sido tradicionalmente desplazados a lo irrelevante. Un intenso trabajo político de 30 años, encaminado a construir espacios de participación para los indígenas de la región y a evidenciar la necesidad de formular políticas incluyentes, llevó al Comité Cívico de Xelajú a la alcaldía. Después de más de dos décadas de participar en procesos electorales y lograr una o dos concejalías en los últimos lugares, en 1996 ganó la alcaldía y en el 2000 repitió el triunfo. Al conocerse los resultados de las últimas elecciones municipales, el partido que gobierna el país, el Frente Republicano Guatemalteco (FRG), encabezó una fuerte campaña de desprestigio en contra del Comité Cívico. Las acusaciones de fraude sólo lograron fortalecer y unificar al movimiento maya en el ámbito nacional, la alcaldía de Xela coyunturalmente se convirtió en su símbolo.

Alma, como quiché, se asume sin duda alguna parte del Comité Cívico de Xela, sabe de la urgencia de fortalecer las identidades étnicas y de construir espacios diversos para su expresión. Sin embargo, esto no le impide formular críticas y propuestas para su propia comunidad. Se asume como feminista indígena, e insiste en que la interculturalidad y el género deben ser los ejes transversales de su trabajo como cuarta concejala. Pero multiculturalismo y enfoque de género son temas que guardan tensiones históricas, ella lo vive tanto al interior de su comunidad como en su cercanía con el feminismo académico.

"Como feminista indígena me propongo recuperar los principios filosóficos de mi cultura y hacerlos aterrizar en la realidad del siglo XXI, es decir, criticar lo que no me parece de mi cultura aceptando orgullosamente que a ella pertenezco. Para mí, el feminismo indígena parte de un principio: las mujeres somos, desarrollamos, revolucionamos con el objetivo de construirnos como personas independientes que se forman desde las distintas comunidades, que pueden dar a los otros sin olvidarse de sí mismas.

El movimiento feminista que viene de la academia poco tiene que ver con nosotras. ¿Por qué aprender algo que no tiene nada que ver con tu realidad ni con tu cultura? Pienso que es necesario reconstruir el feminismo de las mujeres en Guatemala, de las mujeres indígenas, de las urbanas, de las campesinas, de las ladinas, de las académicas, de las políticas, de las trabajadoras domésticas. Entre todas tenemos que construir esto sin apartarnos de los argumentos históricos y teóricos.

Los principios filosóficos que yo recuperaría de mi cultura son la equidad, la complementariedad entre hombres y mujeres, entre mujeres y mujeres, y entre hombres y hombres. Actualmente esa famosa complementariedad de la cultura maya no existe, y afirmar lo contrario resulta una agresión. Sólo se quedó en la historia; ahora lo que hay es una total desigualdad, pero la complementariedad y la equidad se pueden construir.

Recuperaría también la doble mirada, la idea del "cabawil", el que al mismo tiempo puede ver adelante y puede ver atrás, puede ver hacia un lado y hacia el otro, mira negro y mira blanco. Recuperar este referente pensando en las mujeres implica reconocerme con todo lo triste y terrible que puede ser mi realidad de mujer y reconstruirme con todo lo bueno que tengo; reconocer que hay mujeres distintas a mí, que hay ladinas e indígenas, que hay negras, que hay urbanas y campesinas.

En el Consejo Municipal del cual soy parte hay respeto hacia mi trabajo, pero no todo el mundo tiene un reconocimiento real de lo que yo soy y de lo que hago. El hecho de que yo sea joven, indígena y feminista es visto como "lo peor" y siempre hay una burla "ah sí, como los y las, todos y todas..." y empiezan a agarrar esas cosas como chistes. Se burlan de mi feminismo, pero al final terminan refiriéndose a todos y a todas, y eso, aunque algunos dicen que es gastar palabras, es la única manera de decir las cosas como son, no hay otra forma de hacerlo si no es por su nombre.

Es necesario que las organizaciones mayas generen una reflexión en su interior acerca de la importancia de nuestra participación como mujeres. Es necesario que escuchen nuestra voz y yo no quiero hacerla oír a gritos. Me propongo reconstruir los discursos tradicionales, cuestionarlos, transformar los espacios tradicionales en espacios reales de poder para hombres y mujeres, y que las cuestiones sociales se entiendan como parte de un proyecto político y de desarrollo local.

Alma representa a un grupo de mujeres quichés y mames; antes de ser parte del gobierno municipal trabajó en la construcción de una organización que buscaba agrandar la voz de las mujeres que a veces apenas se oye.

"No había presencia femenina dentro de la estructura municipal administrativa y dijimos que era necesario crear el espacio de las mujeres ahí.

El trabajo de esas mujeres las ha llevado a adquirir un mayor grado de sensibilidad, de conciencia de género, de conciencia de sí mismas; es decir, nos ha llevado tanto a adquirir un grado de reconocimiento y valorización de las capacidades de cada una desde nuestro ser interno, hasta una conciencia cívica, de ciudadanía. Para mí, la ciudadanía de las mujeres se adquiere a través de tres momentos: el de la autoidentidad, en el que me identifico como mujer indígena que pertenece a determinada clase social; una vez que me he reconocido a mí misma con todos los colores de mi identidad, el siguiente nivel es la autoestima, ir valorando, esto te va generando un estado de salud y de educación, y sobre todo de autonomía, que es el tercer nivel. Yo puedo decidir lo que quiero, en qué momento lo quiero y con quién. Esa es la parte más difícil para todas las mujeres; aunque estemos metidas en asuntos de género y feminismo, aunque seamos muy académicas o muy políticas, al final esto siempre nos cuesta."

Alma consolidó la conciencia étnica, política y de género que actualmente guía su trabajo con los retornados, los desplazados por el conflicto armado interno que durante la pacificación comenzaron a volver a Guatemala desde México, Honduras y Belice. Contribuyó al proceso de retorno de los refugiados apoyando el trabajo organizativo de las mujeres.

"Me encontré con esa parte tan dolorosa de la historia de mi país, aprendí la importancia del trabajo horizontal, de los sistemas de solidaridad; me asombré con el impresionante nivel organizativo de esas comunidades, con el reconocimiento de las capacidades de las mujeres y con la forma incluyente de tomar las decisiones. Me quedé con un poco de la fortaleza y de la dignidad de esas mujeres. Ver la guerra de tan cerca me enseñó a reconocermé como indígena y como mujer, a fortalecer mi conciencia en distintos niveles.

La comunidad es el resultado de la educación desde la cultura, desde dentro, muy dentro de ella, de la gente que está ahí viviendo en un mismo lugar y en una misma necesidad, todos juntos y sin partir de un interés personal. Ser indígena, como siempre y como en todos lados, tiene que ver con ser pobre, con ser analfabeta, con no tener las mismas oportunidades que los ladinos. Frente a eso y a partir de mi experiencia con los retornados considero que la organización debe ser uno de los aspectos más importantes de mi trabajo, pero la organización real, de base y comunitaria, que no olvide la historia. Porque la fortaleza de los procesos organizativos de los pueblos indígenas tiene que ver con la historia de la gente y con la solidaridad que de ella ha resultado."